

# LA “GALLINA CIEGA”. AZARA Y LA DIPLOMACIA ENTRE ESPAÑA Y FRANCIA A FINALES DEL SIGLO XVIII

## A “GALLINA CIEGA”. AZARA E A DIPLOMACIA ENTRE ESPANHA E FRANÇA NO FIM DO SÉCULO XVIII

Aleix Romero PEÑA\*

**Resumen:** La alianza que establecieron España y Francia en 1796 marcó el inicio de la subordinación política española a los intereses del Directorio. Tal vez sea la actuación del embajador español José Nicolás de Azara la que mejor ilustre esta dependencia, a través de su enfrentamiento con el secretario de Estado. Reconstruyendo su historia comprobaremos qué grado alcanzaron las injerencias políticas directoriales.

**Palabras clave:** José Nicolás de Azara; Directorio; Secretaría de Estado; alianza; diplomacia.

**Resumo:** A aliança estabelecida entre Espanha e França em 1796 marcou o início da subordinação política espanhola aos interesses do Diretório. Talvez seja a atuação do embaixador espanhol José Nicolás de Azara a que melhor ilustre esta dependência, através de seu enfrentamento com o secretário de Estado. Reconstruindo sua história, comprovaremos que grau alcançaram as ingerências políticas diretoriais.

**Palavras-chave:** José Nicolás Azara; Diretório; Secretaria de Estado; aliança; diplomacia.

### *Introducción*

Tras la Guerra de la Convención (1793-1795) y las posteriores firmas de la Paz de Basilea (1795) y del Tratado de San Ildefonso (1796), la Monarquía de Carlos IV se había situado en la órbita francesa al aliarse con el Directorio. Este viraje en la política exterior se llevó a cabo no sin dificultades internas. Francia aprovechó el concierto, que en principio se trataba de un acuerdo militar y ofensivo contra Gran Bretaña, para obtener diferentes concesiones políticas y comerciales, así como para estimular una corriente reformista que materializarían los ministros ilustrados (LA PARRA, 1992, p. 82-91). Pero estos cambios no se produjeron sin tensiones internas. La guerra contra los franceses se había vivido, especialmente en el ámbito popular, como una cruzada contra la Ilustración, el ateísmo y la influencia cultural del país vecino. En España se encontraba un importante contingente de eclesiásticos franceses refractarios, que oscilaba entre las ocho mil y las diez mil personas (DELAUNAY, 2002, p. 36), que predicó a favor de la contienda. Además, había también en la corte una poderosa facción tradicionalista en la corte que se oponía a las políticas de novedades (LA PARRA,

---

\* Doctor en Ciencias Humanas – Investigador agregado del Instituto de Estudios Riojanos – La Rioja – España. E-mail: [aleix.romero84@gmail.com](mailto:aleix.romero84@gmail.com).

1992, p. 107-109). En los medios diplomáticos galos exageraron la influencia de esa facción opositora, que se acercó a las posiciones británicas, para aumentar su grado de influencia en la política española: así, en marzo de 1798, forzaron la dimisión de Godoy como secretario de Estado después de que el rey portugués – en el contexto de las negociaciones de paz entre Portugal y Francia – le concediera el ducado de Evoramonte (CORONA BARATECH, 1946, p. 361).

La alianza con Francia sumió a la Monarquía de Carlos IV en el aislamiento exterior y la división interna, hasta tal extremo que incluso se dieron conatos de contestación en las filas diplomáticas españolas a la línea política oficial. Es el caso de José Nicolás de Azara, embajador en la capital francesa, quien llegó a convertirse en el candidato del Directorio para dirigir la Secretaría de Estado. Su pugna le llevó al enfrentamiento personal con el responsable de la política exterior, Mariano Luis de Urquijo, afectando a la conducción de las relaciones hispano-francesas. De ahí que haya que tener el aserto de Nobert Elias que decía: “lazos y rivalidades familiares, amistades y enemistades personales eran los factores normales que influían sobre la conducción de los asuntos de gobierno, así como sobre todos los demás negocios oficiales” (1996, p. 09-10). ¿Pero quién era realmente Azara?

#### *Breve semblanza biográfica de Azara*

José Nicolás de Azara nació en Barbuñales, Huesca, en 1730. Realizó sus primeros estudios en la Universidad de Huesca y alcanzó el título de bachiller en Leyes. Más tarde pasó a la de Salamanca al conseguir una beca para acceder al Colegio Mayor de San Salvador de Oviedo, donde ejerció como bibliotecario. En 1760, por recomendación de Pedro Colón de Larreategui, consejero de Castilla, se le nombró para una plaza de oficial en la Secretaría de Estado. Cinco años después, esta vez por mediación de Manuel de Roda, Secretario de Gracia y Justicia, fue designado agente de preces en Roma. El cargo ocupaba en el rango diplomático el segundo puesto en el rango de la representación española en la Santa Sede (OLAECHEA, 1965, vol. I, p. 363-373).

Azara se convirtió en el hombre de confianza del ministro Roda en la capital de los Estados Pontificios, pero la complicidad existente no le reportó una rápida proyección en la carrera diplomática. Cuando el embajador Azpuru –con quien tenía mala relación– cayó enfermo y dimitió en 1772, sus pretensiones de sustituirle no se vieron satisfechas. En 1776 regresó a Madrid el sucesor de Azpuru, José Moñino,

dejando a Azara a la cabeza de la representación española, aunque de forma interina. En esta ocasión acogió gozoso al nuevo embajador, Grimaldi, porque el nombramiento de aquel encubría en el fondo un retiro honroso y era previsible que no se iba a entrometer en el trabajo de Azara. Esta armonía era, según escribió a Roda, lo que más le interesaba (AZARA, 1846, t. III, p. 55-56). En 1784, después de la renuncia de Grimaldi, alcanzó la titularidad de la embajada. A diferencia de la tranquilidad anterior, su nueva etapa como embajador puso a prueba su talento. La Península Itálica fue uno de los campos de batalla de la Primera Coalición y los Estados Papales fueron ocupados por las tropas francesas. Azara ejerció de mediador entre el ejército invasor de Napoleón y el papa, adquiriendo reputación de sólido aliado de la República Francesa (OLAECHEA, 1965, v. II, p. 451-456). Después de que el papa fuese desterrado de Roma y sobre sus antiguos dominios se alzara la República Romana, fue destinado como embajador a París el 11 de marzo de 1798 para enderezar la mediación de los acuerdos de paz entre Francia y Portugal. Los motivos de la elección están claros; de hecho, en el discurso que realizó con motivo de la recepción del Directorio garantizó la lealtad española al Directorio (GODOY, 2008, p. 640-641).

Azara se había pasado casi cuarenta años fuera de España. Desde el extranjero veía con distancia y preocupación los cambios que tuvieron lugar en la administración entre el reinado de Carlos III y el de su hijo, Carlos IV, como la arbitrariedad en la elección de los cargos, nepotismo o la presencia de jóvenes en puestos para los que antes se requerían largos años de distinciones (ANDÚJAR CASTILLO, 2008, p. 181-186). Por otra parte, se sentía incomprendido por la corte española, e incluso expresaba cierto desapego. Calificaba a España como un “*gran convento*” y sentía que en la corte se le pintaba “*colores muy negros*” por su fuerte carácter y espíritu ilustrado (GIMENO PUYOL, 2010, p. CLXXVIII). Sin embargo, su actuación diplomática también generaba dudas, como lo revela el fracaso de la negociación con el papa Pío VI de la bula de dispensas matrimoniales en 1796, que había sido propuesta por el mismo Azara para después retractarse. Esto le acarreó no pocas críticas en la Secretaría de Estado. Según José García de León y Pizarro, que entonces era oficial de dicho ministerio:

En tiempos anteriores, cuando la veneración por Azara estaba en su mayor fuerza, tuve ocasión de observar en la Secretaría la inconsecuencia de la correspondencia de este diplomático: al pronto no me atreví a decir nada; después fui poco a poco insinuando entre los compañeros mis observaciones; y como los despachos de Azara se leían en público como obra maestra, me valí de esta circunstancia, promoviendo la confrontación de los despachos anteriores, y la

evidencia fue completa. En un despacho presentaba un cuadro despreciativo de la Corte de Roma; alentaba a la nuestra ensanchase más facultades eclesiásticas; lo facilitaba todo; anunciaba el fácil despacho de los negocios que se le tenían pedidos, como algunas bulas o cosas semejantes; y todo no en un estilo dogmático o científico, sino picante, burlesco y alguna vez demasiado libre; y a poco tiempo venía diciendo que allí no era fácil conseguir las cosas; que además aquella Corte tampoco podía ceder sin grave compromiso a lo que solicitábamos (solía ser nada); en fin tomando el partido de Roma y paralizando nuestras resoluciones (GARCÍA de LEÓN y PIZARRO, 1995, p. 93).

### *Un frustrado candidato a la Secretaría de Estado*

El 28 de marzo Godoy dimitió de su cargo al frente de la Secretaría de Estado, siendo sustituido por Francisco de Saavedra. El nuevo ministro se reveló como una persona enfermiza, incapaz además de estar al tanto de las múltiples ocupaciones que le reclamaban, pues a la cartera de Estado añadió la de Hacienda. A comienzo de agosto le sobrevendría un ataque que le privó del habla. Como no consiguió recuperarse, el 13 de agosto el oficial mayor más antiguo, Mariano Luis de Urquijo, fue habilitado para despachar los asuntos del ministerio en ausencia de su titular. El joven Urquijo, que no llegaba a los 29 años de edad, había protagonizado una vertiginosa carrera de ascensos dentro de esta institución de gobierno. Con anterioridad, su influencia política ya había despertado los recelos de Azara, porque Saavedra “confiaba todos los negocios al oficial mayor don Mariano Luis de Urquijo”, quien se mostraba “en correspondencia particular con todos nuestros embajadores y agentes con la misma desenvoltura que si fuera ministro en propiedad” (SÁNCHEZ ESPINOSA, 2000, p. 319-320).

Ni Saavedra (LA PARRA, 2002, p. 210-214) ni Urquijo resultaron merecedores de la confianza del Directorio. En cuanto llegó a París la noticia de la baja del primero, el Directorio intrigó para colocar a Azara al frente de la Secretaría de Estado. Curiosamente Carlos IV había habilitado al segundo para llevar los asuntos del ministerio porque, dado su talante ilustrado, pensaba que se entendería bien con el ejecutivo francés (ROMERO PEÑA, 2013, p. 55-73). La maniobra consistía en que el embajador francés mostraría a Carlos IV una carta donde el Directorio demandaba un gesto de lealtad y después sugeriría el nombre del principal agente del monarca en Francia como ejemplo de fidelidad. En esta carta se denunciaban diversos manejos de la facción “*anglófila*” haciendo una enumeración de diferentes contactos comerciales, comunicaciones militares o casos de negligencia por parte de la administración española que venían a suponer, según el gobierno francés, “[...] *comme étant un rapprochement*

*de la Cour d'Espagne vers celle de Londres*"<sup>1</sup>. Azara se adelantó a la misiva informando a Urquijo de las pretensiones del Directorio y negando cualquier implicación con las mismas: "estoy esperando dicha carta, y no sabré lo que contiene, porque me han dicho que no me lo quieren comunicar. Con estas gentes es todo nuevo el modo de trata". Como reconoció a su íntimo amigo Bernardo Iriarte, camarista del Consejo de Indias, el embajador español sabía que esta candidatura le dejaba en mala posición y temía que le crucificaran en España (GIMENO PUYOL, 2010, p. 787-788).

El fiasco de esta primera maniobra no consiguió convencer al Directorio para que depusiera su estrategia. Aún más, los acontecimientos que se sucedieron acrecentaron sus motivos para remover a Urquijo. Uno de los frentes en la guerra que España y Francia sostenían contra Gran Bretaña era Portugal, cuyos puertos ofrecían un refugio seguro para las naves británicas. En 1797 no se había llegado a firmar un primer tratado de paz entre Francia y Portugal, ocasionando el enfado del Directorio, que acusaba al primer ministro portugués Luís Pinto de Sousa de ser uno de los máximos representantes de la facción anglófila en Lisboa. Sin embargo, Francia no se atrevía a declarar la guerra porque necesitaba el concurso de la Monarquía española para la invasión del reino luso, pero las relaciones familiares entre ambas casas reales – una infanta española estaba casada con el regente portugués João VI – y los intereses dinásticos empujaban a Carlos IV a mantener la buena armonía con Portugal (LA PARRA, 2003, p. 223-230). España aceptó por lo tanto el papel de mediadora entre ambas potencias. A diferencia de lo que presuponía Seco Serrano, la actitud del monarca español no fue "la más clara y la más noble" (1988, p. 592), pues le convenía que el Directorio impusiera a Portugal unas condiciones lo suficientemente duras como para alejarle de forma definitiva de la órbita británica.

La primera actuación de Urquijo como secretario de Estado habilitado fue recibir al emisario portugués en las negociaciones, Diego de Noronha, quien debía partir a París para entenderse con el gobierno francés. Urquijo transmitió a Azara la buena impresión que le había dejado el encuentro, augurando que el tratado se cerraría pronto<sup>1</sup>. Sin embargo, esta impresión no podía ser más lejana a la realidad: Noronha marchó a la capital francesa sin ninguna plenipotencia para conceder las demandas francesas y con un crédito amplio para conceder diversos "regalos" con los que alcanzar un acuerdo ventajoso para Portugal. El Directorio, que había pensado resolver el asunto en veinticuatro horas, se sintió engañado por la corte lusa. Tras informarse de lo sucedido con Noronha a través de Azara, Urquijo tomó el partido de comunicarse con Lisboa para pedir explicaciones enviando copias de los oficios del embajador español en París,

lo que provocó el enfado de aquel pensando que el ministro lo había colocado en la picota (ROMERO PEÑA, 2013, p. 55-64). Es más, a través de las estrechas relaciones entre la facción anglófila lusa y la embajada británica, los oficios de Azara fueron conocidos en Londres (SÁNCHEZ ESPINOSA, 2000, p. 318). Todo ello sirvió para dar alas al rumor que situaba a Urquijo como uno de los representantes más destacados del “inglesismo” español, tal cual denunciaba Talleyrand, ministro francés de Asuntos Exteriores.<sup>2</sup>

El fracaso de la negociación desató un auténtico vendaval en las relaciones hispano-francesas, hasta el punto de que uno de los Directores, Jean-Baptiste Treillard, llegó a inquirir a Azara: “*Qu’est-ce l’Espagne fait pour la France?*”, ¿qué hace España por Francia?<sup>3</sup> Este desengaño en París con respecto a los frutos de la alianza aumentaba la amenaza que se cernía sobre España, representada en los movimientos de Augereau, comandante del Rosellón, que concentró tropa en la frontera pirenaica.<sup>4</sup> Fue uno de los factores, junto con varios más – como las promesas que había hecho Francia de engrandecer el ducado de Parma, cuyo heredero era a la vez sobrino y yerno de los reyes de España –, que explican la sujeción de la Monarquía de Carlos IV a los designios del Directorio, por más que el concierto entre ambos deviniese cada vez más en una situación de dependencia. Urquijo escribiría a Azara lamentándose de las constantes reclamaciones diplomáticas que presentaba el embajador francés en España – “contradictorias”, “arbitrarias” y de un “estilo casi insultante”–, llegando a afirmar que aquel trataba de disponer “de este país como de una provincia suya.”<sup>5</sup>

Uno de los principales caballos de batalla fue la organización de una escuadra mixta que impusiera el dominio hispano-francés sobre el Mediterráneo. La isla balear de Menorca había sido ocupada en noviembre de 1798 por los británicos. Egipto, por su parte, donde se hallaba un cuerpo expedicionario francés al mando de Napoleón, a duras penas podía resistir después de que perdiera gran parte de sus navíos tras la famosa Batalla de Aboukir. En el transcurso de la preparación del plan, el Directorio decidió que era el momento de acabar con Urquijo. El 21 de febrero el embajador francés, Ferdinand Guillemardet, solicitaba a Carlos IV la remoción de su Secretario de Estado fundándose en que no gozaba de la confianza, la consideración ni la estima del Directorio. Su intención era mantener una audiencia privada con el rey, sin intermediarios<sup>6</sup> – es decir, sin la presencia del ministro –, donde se deslizaría el nombre de Azara como candidato idóneo. La respuesta del monarca evidenció que no pensaba ceder a pensiones de este calibre. Ese mismo día concedía a Urquijo la interinidad como secretario de Estado.<sup>7</sup> Guillemardet volvió a insistir, señalando que

l'opinion publique (qui se trompe rarement) proclamait Mr. le chevalier d'Azara comme celui qui par sa moralité et ses talents pouvait être en état de remplacer ce ministre, et le Directoire me chargea de témoigner combien il sera satisfait si S. M. C. accordait sa confiance à un homme qui jouit entièrement de sa considération et de son estime.<sup>8</sup>

Carlos IV contestó pidiendo al Directorio la separación de Guillemardet de la embajada en España, acusándole de

oscurecer la opinión de un vasallo mío distinguido, apoyándose en órdenes vuestras que yo no creo; y lo segundo el poco favor que os hace suponiéndoos capaces de intentar que queréis gobernar el régimen interior de los Gobiernos contra vuestra Constitución, contra nuestras Leyes y contra la sabia manera con que siempre os habéis conducido.<sup>9</sup>

Urquijo supo ver que este proceder iba a provocar algún malentendido con Azara, por lo que trató de explicarse con él a través de una línea confidencial. Reconociendo que había llevado a mal la manera en que Guillemardet había tratado de sacarle del ministerio, confesaba que “soy yo el que hace muchos meses que digo que debe Vm. venir aquí, y que conozco su mérito” (CORONA BARATECH, 1947, p. 31). Su intención era evitar que las intrigas del Directorio condujesen a una mala inteligencia entre el embajador español en París y la Secretaría de Estado.

#### *Un interlocutor imprescindible en las relaciones hispano-francesas*

El fracaso de la candidatura de Azara a la Secretaría de Estado tuvo como resultado, paradójicamente, que aquel se convirtió en el elemento o pieza clave por el que pasaban todos los asuntos que afectaban a ambas potencias, pues por un lado el Directorio no confiaba en Urquijo como interlocutor, mientras que la Secretaría de Estado albergaba los mismos sentimientos hacia el embajador Guillemardet: el mismo ministro señalaba que cuando el diplomático francés, a quien su gobierno se negaba a retirar, pidiera “alguna cosa extravagante”, hablaría directamente con Azara.<sup>10</sup> Este último, que como ya vimos era alguien que se sentía poco reconocido por su corte, se mostró halagado por la estima y la consideración que le mostraba el Directorio (SÁNCHEZ ESPINOSA, 2000, p. 330), y si bien estaba teóricamente subordinado a las instrucciones del Secretario de Estado (OZANAM, 2002, p. 09-10), comenzó a obrar

por su cuenta, en la idea de que lo que más le convenía a España era mostrarse solícito ante las exigencias francesas. Años más tarde justificaría su posición alegando que el sistema de alianzas internacionales encabezado por Gran Bretaña le había obligado a elegir entre ser un jacobino francés o un monje medieval (Lord HOLLAND, 1851, p. 143-144).

Pero bien pronto se interpretó en Madrid que Azara se estaba identificando progresivamente con los intereses del Directorio. Las protestas de Urquijo se hicieron explícitas después de que la escuadra francesa al mando del almirante Bruix, que debía ir a Cartagena a unirse a los navíos españoles al mando del general Mazarredo, pasara de largo para arribar finalmente al puerto de Toulon. Entonces el ministro le escribió a Azara en una muestra evidente de rabia: “por la de oficio verá Vm. que jugamos a la Gallina ciega con los Navíos, y que Vm. es el palo que da, sin saber cómo, pues se sirven de su Persona para pedir y sin explicar varían”.<sup>11</sup> Fue entonces cuando Urquijo y el rey empezaron a comprender que en París habían cambiado de idea con respecto a los socorros navales que habían prometido a la aliada. Al mismo tiempo el Directorio se decantó por concentrar la escuadra combinada en el puerto de Brest, en la Bretaña francesa, con la vista puesta en la isla británica.

Es en este punto donde Azara evidenció su doble juego. Urquijo había ordenado regresar a una flotilla de cinco navíos que transportaban una tropa de 1.200 a 1.500 hombres, y que se encontraba en el puerto de Rochefort, en la región de Poitu, con el fin de dedicarlos a custodiar los barcos españoles.<sup>12</sup> En sus memorias Azara no tuvo recato alguno en consignar que

se me despacharon además dos correos, uno tras otro, mandándome que al instante hiciese retirar los navíos y tropas que se hallaban en Rochefort, y me incluyeron las órdenes que daban a sus comandantes; pero yo, siguiendo mis principios, no quise dar ejecución a estas órdenes y retuve todas las cartas que venían para aquella escuadra (SÁNCHEZ ESPINOSA, 2000, p. 419-420).

De tal manera que Azara emprendió una frenética actividad epistolar cuyo objetivo último era persuadir de las bondades del nuevo plan. Su intención era convencer al rey de que el Directorio procedía ahora con un nuevo estilo, con una “franqueza inédita”, lo que fundamentaba en que había compartido unos informes o que se brindaron unas fiestas en honor a la tripulación que fondeaba en Rochefort.<sup>13</sup> No fue sencillo vencer las resistencias de Urquijo, lo que le obligó a transmitir como mensajero unas amenazas que había vertido el Directorio, el cual “no convendría nunca en el retiro

de nuestras fuerzas [...], [y si este se llevaba a cabo] vería el partido que había que tomar, y lo poco que podía con su aliado.”<sup>14</sup> Hubo que abandonar finalmente los planes de reconquista de Menorca y Carlos IV emitió una real orden por la que ponía a disposición del gobierno francés los socorros concedidos siempre y cuando se le informara puntualmente de los planes navales (MURIEL, 1959, p. 163-164). La escuadra combinada de Mazarredo, compuesta por 40 navíos, 15 de ellos españoles, partió de Cartagena rumbo a Brest el 21 de julio, llegando sin novedad el 8 de agosto (CARLAN, 1951, p. 39-40). Azara sería el encargado de gestionar los contratos de suministros para hombres y barcos.

Durante la primavera de 1799 la situación interior francesa dio un vuelco político que puso en peligro la situación de los favorecedores de Azara. El embajador informó entonces que los Consejos aspiraban a concentrar todo el poder, como en tiempos de la Convención.<sup>15</sup> El jacobinismo, predominante en estas cámaras, había conseguido la aprobación de la libertad de imprenta y la restauración de los clubs políticos. Asociado con los monárquicos, logró un gran triunfo con la destitución del Director Treillard, seguida en la destacada jornada del 30 *Prairial* -18 de junio- por las de La Revellière y Merlin de Douai. Los jacobinos, que pretendían acabar con el Directorio, procuraron hacerse fuertes colocando cañones en sitios públicos. Talleyrand, gran amigo de Azara, que lo tenía por irremplazable, fue destituido de su puesto al frente del ministerio de Asuntos Exteriores. El temor del embajador español era que fuese sustituido por Charles Delacroix, jacobino regicida que ya desempeñó el mismo cargo entre octubre de 1795 y junio de 1797 (SÁNCHEZ ESPINOSA, 2000, p. 383-384 y n. 259). Finalmente el nuevo ministro fue el moderado Reinhard.

Azara se involucró por su cuenta y riesgo en una conspiración destinada a dar un golpe de estado que estabilizase el conflictivo panorama político. Entre los conjurados se hallaban Talleyrand, el Director Sieyès y el general Joubert, de quien se esperaba que encabezase el golpe (SÁNCHEZ ESPINOSA, 2000, p. 395-400). Esta implicación quedó puesta de relieve en la memoria que presentó al presidente del Directorio protestando por la marcha de Talleyrand o en otro escrito que realizó para solicitar cierre del club jacobino del *Manège*, al que acusaba de difundir opiniones políticas contrarias a la monarquía española.<sup>16</sup> Incluso denunció ser víctima de un atentado.<sup>17</sup> Su conducta no gustó en la corte española, comunicándole Urquijo el 12 de agosto Urquijo su exoneración al frente de la embajada, a la par que le ordenaba regresar a España.<sup>18</sup>

Según Azara, no fue informado de los motivos que justificaban su dimisión, teniendo que enterarse a través de los oficios de Guillemardet que fueron sus gestiones en defensa de Talleyrand y contra el club del *Manège* las que forzaron a tomar esa decisión (SÁNCHEZ ESPINOSA, 2000, p. 429-430). Azara pensó, o le hicieron creer, que había otras razones ocultas. En sus memorias refirió que el Director pretendió retener y que se planteó enviar a España un embajador extraordinario “*pour éclairer le Roi, qu'on avait trompé*” – para aclararle al Rey que se le había engañado –, pero Azaña rechazó la maniobra asegurando que el gesto sería visto como un manejo suyo para permanecer en la plaza (SÁNCHEZ ESPINOSA, 2000, p. 429). No obstante, se sentía resentido y no dudó en mostrárselo al secretario de Estado. Aprovechando que tenía que escribirle sobre un camafeo encargado por la reina, advirtió: “no sé si Vm me responderá a esta carta, pero no importa, yo debo escribirla”. Lo que pretendía era decirle que ya no iba a tratar con él sobre los negocios pendientes que había con Francia: “para mí son ya como la historia antigua de partos y medos”.<sup>19</sup>

Tras varios meses de tensión, Urquijo, que se sentía triunfador en el pulso que había sostenido con el ya exembajador, tomó el guante y le contestó con desdén “no sabía qué decir, sino que se lo ha querido”. Aprovechaba la ocasión para burlarse del rencor de Azara: “Vm. se ha empeñado en no tratar de ellos [los asuntos españoles tratados en París] más que de persas y medos, y como ya no existen éstos tampoco me queda esperanza de que quiera Vm. volver a hablar”.<sup>20</sup> Azara acusó el golpe, expresando al ministro que sabía que su salida era infamante, pero que tampoco creía que fuese mejor la de Urquijo, que vaticinaba próxima teniendo en cuenta los males que afligían a la Monarquía hispánica:

Mi remoción no me ha podido venir más a propósito, porque la deseaba sinceramente, porque el trabajo me abrumaba, porque la casta de negocios que corre repugna a la razón, porque veo que todo va a la diablo, porque el volcán amenaza con reventar presto, porque no hay honra que ganar, porque no veía cómo salir del laberinto en que estaba puesto, y porque considero que cuantos hay hoy metidos en los negocios han de ser la execración de la posteridad, aún de la más próxima.<sup>21</sup>

Pero la cólera de Azara no se quedó en un simple intercambio epistolar. Antes de marcharse de París tuvo la oportunidad de entrevistarse con Napoleón, que había conseguido evadirse de Egipto y de quien se esperaba que encabezase el *coup d'état* que

preparaban los conspiradores. Azara informó detalladamente al futuro hombre fuerte de Francia sobre su dimisión y se despachó contra el secretario de Estado (SÁNCHEZ ESPINOSA, 2000, p. 433-434).<sup>22</sup> Su marcha marcaría el inicio de una nueva intriga. El 26 de noviembre, hallándose en Barcelona camino de su Barbuñales natal, Azara escribió a Manuel Godoy para relatarle los pasos que se había llevado en París contra el rey de España. Conviene tener en cuenta que aquel se había aproximado al “partido jesuita” o “beato” de la corte española, es decir, la facción opositora a Urquijo, dato que era conocido en los medios diplomáticos franceses (LA PARRA, 2002, p. 221-224). Con ese conocimiento, aunque el trato con Godoy durante su ministerio no hubiera sido modélico,<sup>23</sup> Azara no dudó en denunciar la gestión de Urquijo al frente de la política exterior española, “porque puede influir infinito en su felicidad o infelicidad, y en la de la monarquía” (GIMENO PUYOL, 2010, p. 785). Sus noticias le fueron de gran utilidad a su remitente, que pocos días más tarde agradecería la carta afirmando que con ella había “podido rectificar algunos datos que, con poco fundamento, pudieron alarmarme como a los demás españoles, y mirándola como un hallazgo precioso para desimpresionar a SS. MM. de todo error, la trasladé a SS. MM” (GIMENO PUYOL, 2010, p. 1139-1140).

Azara había proporcionado a Godoy información suficiente como para que este denunciara a los reyes a su ministro. Se trataba de los contactos de Urquijo tenía con Pierre Paganel, secretario general – equivalente a oficial mayor– del ministerio de Asuntos Exteriores que había sido depuesto por sus simpatías jacobinas; con el general cubano Gonzalo O’Farrill, nombrado ministro plenipotenciario español en Prusia (OZANAM, 2002, p. 372); con la mujer de este, Ana Rodríguez de Carasa,<sup>24</sup> con los hermanos científicos Gimbernat (GIMENO PUYOL, 2010, p. 790-791); o con el embajador bávaro en España Johann Valckenaar, conocido por sus simpatías revolucionarias y su amistad con Urquijo (ROMERO PEÑA, 2009, p. 123-140). Pero sobre todo destacaban sus anotaciones sobre José de Lugo, cónsul general español en Francia. Lugo y Urquijo habían coincidido en la misma embarcación cuando el personal diplomático español tuvo que abandonar apresuradamente Londres en 1796, con motivo de la ruptura de hostilidades entre España y Gran Bretaña.<sup>25</sup> Lugo había aspirado al puesto de cónsul general en Francia con la oposición de Azara y Talleyrand, atribuyéndose su nombramiento final al decisivo ascendente de Urquijo (PRADELLS, 1992, p. 293-295). Muy pronto Lugo comenzó a entrometerse en las labores de Azara, concibiendo ambiciosos planes de reorganización consular, medios de fomentar el comercio en España, un acta de navegación, sobre el papel moneda, etc. Por último

reparó en los contratos para el aprovisionamiento de los navíos españoles anclados en Brest.

El proveedor de la armada española era el banquero y comerciante Gabriel-Julien Ouvrard, que desde 1797 era también quien realizaba los suministros de la Marina francesa. A instancias de Talleyrand, Azara firmó un acuerdo (ZYLBERBERG, 1996, p. 526-527) que entre 1799 y 1801 le permitió a Ouvrard amasar una fortuna de 15 millones de francos (GIMÉNEZ LÓPEZ y PRADELLS, 1989, p. 298). Una vez desaparecido de la escena Azara, Lugo se apresuró a notificar a Urquijo que los términos del contrato con Ouvrard “eran en extremo gravosos”. La ración diaria le salía a las arcas españolas por unos 23 sueldos y tres dineros, mientras que otras casas comerciales la daban a 17 sueldos, con una diferencia que supondría “el ahorro de 6 a 7 mil libras diarias, y de 9 a 10 millones de reales en el espacio de un año”. En concreto había una oferta de aprovisionamiento más asumible que le había sido presentada por los ciudadanos Charbonnet y Guérard, entre cuyos atractivos figuraba una rebaja por ración del 25% sobre el precio acordado con Ouvrard.<sup>26</sup> El general Mazarredo, que fue comisionado por Urquijo para entenderse sobre el particular, se manifestó de la opinión de continuar la relación comercial con Ouvrard, pues era quien conocía las cantidades exactas que se precisaban de alimentos y tenía a su disposición naves en Burdeos y otros sitios para llevar los productos a Brest, así como también molinos, almacenes y otras instalaciones necesarias para el abastecimiento. No obstante, presionó para una renegociación a la baja del precio, consiguiendo una reducción de 2.500 libras al día<sup>27</sup>.

Semanas después se produjo el golpe de Brumario. En la noche del 8 al 9 de noviembre – el 17-18 Brumario según el calendario republicano – Napoleón entró en el Consejo de los Quinientos, poniendo fin al régimen del Directorio y dando comienzo al del Consulado. El 23 de noviembre Talleyrand volvía a ocupar la cartera de Asuntos Exteriores. Una de sus primeras decisiones fue comunicar al embajador español que no le sería renovado a Lugo el *exequatur* o pase diplomático aduciendo que la *Police* tenía cargos contra el cónsul general español por haber criticado el golpe de Brumario y mantener conciliábulos nocturnos en su casa.<sup>28</sup> Según diría Lugo posteriormente, todo ello no eran más que difamaciones que pretendían disipar las acusaciones sobre “las ruinosas especulaciones que hombres corrompidos habían hecho y contaban aún con hacer sobre la Real Hacienda de España”.<sup>29</sup> Pero en aquel momento tampoco se quedó callado y el 17 de diciembre denunciaría a Napoleón las maquinaciones de “*un parti machiveliq[ue] [sic]*” que ya había tratado de indisponer al Directorio contra Urquijo y que ahora iba a por él por denunciar las corruptelas con respecto a los

aprovisionamientos de la Marina (GIMÉNEZ y PRADELLS, 1989, p. 301, n. 60). Estaba señalando a Ouvrard, a Talleyrand y también a Azara.

No obstante, antes de proseguir habría que advertir que la recepción española del golpe de Brumario había sido más bien tibia. Urquijo se mostraba inclinado hacia las posiciones de Pedro Gómez Labrador, quien escribía desde París que las cargas impositivas de cinco sueldos que estaba decretando el nuevo régimen harían que “antes de Ventôse [marzo de 1800] la mitad de la Francia dé al diablo la revolución de las bayonetas”.<sup>30</sup> Pero estas palabras no apuntarían a una secreta simpatía hacia el jacobinismo, sino que simplemente evidencian el cansancio que se sentía en España por los vaivenes políticos de su aliada. De hecho, desde el verano de ese mismo año Urquijo estaba tanteando la posibilidad de negociar una paz por separado con Gran Bretaña, aunque tras el golpe de Brumario cesaron los contactos (FUGIER, 2008, p. 83-84). Hablando precisamente sobre la posibilidad de alcanzar una paz decorosa, Urquijo apuntó en un oficio a Azara que “si hubiera uno de la dinastía despojada [se refiere a la rama de los Borbones franceses] que se mostrara medianamente, yo creo que la cosa se hacía en quince días”.<sup>31</sup> En este sentido, el golpe dado por Napoleón sólo venía a complicar las cosas.

Con todo, Lugo se mostró imprudente al comunicarse directamente con Napoleón, como aquel manifestó en una entrevista que mantuvo con el general Mazarredo a finales de año para tratar asuntos de la escuadra combinada. En ella, el general corso lanzó una serie de reproches sobre las relaciones diplomáticas con España. Aparte de subrayar que se había procedido contra el cónsul general español en virtud de informes policiales y no de las insinuaciones de Talleyrand, inquirió las razones de la exoneración de Azara –presuponiendo que se le había exonerado porque estaba enemistado con Lugo– e incluso se atrevió a preguntar por qué seguía siendo ministro Urquijo, y no Godoy.<sup>32</sup> Lejos de ser fruto de una indignación espontánea, las protestas de Napoleón parecen ser parte importante de un plan orquestado con gran habilidad. En España Azara estaba al tanto de la tormenta que se iba formando, tal cual comentaba a Godoy en una carta del 18 de diciembre:

Yo sé que el imbécil Múzquiz [el sustituto de Azara al frente de la embajada] y el presumido Mazarredo, gran marino y mezquino embajador, no han avisado más de lo que sabían las verduleras de París, y que supieron de la revolución por las gacetas. Vendrá el caso de la paz, y acuérdesese V. E. de lo que le digo, los Reyes sabrán que está hecha, pero la España habrá tenido en ella la misma parte que el bey de Argel. Urquijo cree ganar a los franceses haciendo hacer al

Rey un papel muy bajo, y los franceses me consta que se ríen de eso (GIMENO PUYOL, 2010, p. 802).

En otra de comienzos de 1800 era todavía más explícito sobre su nivel de conocimientos: “en la última audiencia le dijo [Napoleón a Mazarredo] que el Rey estaba engañado y servido por el más despreciable de los jacobinos (Le plus fieffé des Jacobins, fueron sus palabras), que era su ministro Urquijo” (GIMENO PUYOL, 2010, p. 813). El embajador retirado pensaba que el rapapolvo dirigido por Napoleón provocaría un escándalo diplomático de semejante magnitud que sería fatal para el secretario de Estado, según confesaba a Iriarte (GIMENO PUYOL, 2010, p. 815-816). Lo que no se imaginaban ni él ni su confidente en la capital francesa es que Mazarredo iba a ser capaz de revertir la situación. El marino español respondió a las quejas de Napoleón de una manera precisa, defendiendo que Urquijo era un “Ministro digno de la confianza del Rey” y precisando con respecto al caso de Azara que aquel había dicho:

que en tales mudanzas de ministro de Relaciones Exteriores no había con quien tratar, como podría verlo en el original, que existiría en la Secretaría General: lo cual fue de sumo desagrado al rey, tanto más cuanto que Azara conocía el caso inverso.<sup>33</sup>

La política francesa hacia España iba a cambiar durante el Consulado. Napoleón tenía algunas nociones básicas sobre España, que pensaban serían ventajosas para su propia posición: los intereses dinásticos de la familia real por Italia, su presumible potencia marítima y las posibilidades financieras que representaban las posesiones americanas. Para rentabilizar al máximo las dos últimas, el corso instauró un clima de confianza entre las dos potencias, recuperando la costumbre de intercambiar regalos con la corte española (FUGIER, 2008, p. 88-96). Azara se quedó descolgado con estas novedades. Su desconcierto queda patente en la carta dirigida a Godoy el 8 de febrero, donde confiesa que “veo que ninguna fuerza basta para romper el velo que oculta la verdad, pero no por eso se ha de abandonar su causa” (GIMENO PUYOL, 2010, p. 819). Ya sólo le quedaba regresar a su Barbuñales natal y esperar allí el transcurso de los acontecimientos.

En cualquier caso, Godoy utilizó aquella carta donde Azara denunciaba el estado de las relaciones con Francia para hacer copias y distribuir las en la corte. Urquijo escribió que al inquirirle por las copias:

pero él me negó que le hubiese sido dirigida dicha Carta por Azara, añadiendo que la había visto y era muy grosera, con lo que, y

pareciéndome no deber perder un cuarto de hora que para mí entonces era muy precioso en semejante respuesta, y aunque me desagradaba en ello, lo dejé, fiado también en la pureza de mis acciones (URQUIJO, 2010, p. 86).

### *Conclusiones*

El acuerdo militar suscrito por la Monarquía de Carlos IV con el Directorio francés en 1796 nunca implicó una alianza entre iguales, a pesar de lo contenido en el texto del Tratado de San Ildefonso. Mientras que el Directorio extrajo del mismo “ventajas evidentes”, tanto en servicios militares y diplomáticos como en mejoras económicas para los comerciantes franceses (FUGIER, 2008, p. 78-79), Carlos IV sólo consiguió una serie de promesas incumplidas. Ya se ha comentado que una de los objetivos prioritarios del rey español era asegurar y, en la medida de lo posible, engrandecer el patrimonio dinástico. Gracias a la diplomacia venal, en un nuevo Tratado de San Ildefonso, rubricado el 1 de octubre de 1800, los duques de Parma consiguieron ser elevados a la categoría de reyes de Etruria, a cambio de la cesión de la colonia de Luisiana y la entrega a Francia de seis navíos de guerra de 74 cañones cada uno (ROMERO PEÑA, 2013, p. 74-90). La escuadra española, de unos 20 navíos, permaneció en Brest hasta 1802, sin entrar en combate. Si bien la alianza tuvo aspectos favorables como la promoción de la minoría ilustrada que alcanzó el poder durante los gobiernos de Saavedra y Jovellanos, y después de Urquijo (LA PARRA, 1992, p. 165-184), en términos generales cabe interpretarse como una época de sumisión a intereses foráneos.

Azara pudo volver a la embajada española en París una vez cesado Urquijo, el 29 de diciembre de 1800 (OZANAM, 2002, p. 169). Ni qué decir tiene que el diplomático recibió con alborozo la caía en desgracia de su rival – como resultado final de una intriga dirigida por Godoy (ROMERO PEÑA, 2013, p. 75-91) –, afirmando en una carta confidencial a Iriarte que “Dios es justo y da tarde o temprano su paga a los buenos como a los malos”:

tu carta del 15, en que me cuentas la destitución del mal hombre de Urquijo con todas sus circunstancias, no puedo negar que me causó gran sensación, pues aunque mi natural es el de no desear mal a nadie, pues tengo más de cabrón que de maligno, el ver libre de mi nación a un ministro tan infame que la ha sacrificado y vendido a su disparatada ambición, engañando a sus Amos los primeros, no ha podido dejar de causarme una sensación muy agradable. Bendito sea

mil veces nuestro Príncipe [Godoy], que ha proporcionado este bien a la Monarquía (GIMENO PUYOL, 2010, p. 920 y 921).

La Secretaría de Estado, sin embargo, no tardó en comprender que Azara era un simple instrumento en manos del gobierno francés. El Tratado de Subsidios firmado con Francia en 1803, por el que España se comprometía a pagar seis millones de libras mensuales a cambio de su neutralidad en el conflicto con Gran Bretaña, fue considerado como un fracaso diplomático, acusándose del mismo al embajador español. Fue finalmente exonerado con un oficio mucho más cruel que todos los desdenes que le había proferido Urquijo:

S. M. se habría olvidado de su característica bondad si no tuviera presente que V. E. ha contraído alguna debilidad de cabeza, consecuencia necesaria de su avanzada edad y molestos achaques. Por esta consideración se ha resuelto mandar exonerar a V. (SÁNCHEZ ESPINOSA, 2000, p. 51-53).

## Referencias

- AZARA, José Nicolás de. *El espíritu de don José Nicolás de Azara descubierto en su correspondencia con don Manuel de Roda*. Madrid: Imprenta de J. Martín Alegría, 1846.
- ANDÚJAR CASTILLO, Francisco. Nepotismo, clientelismo y fidelidad. De Floridablanca a Godoy (1789-1798). *Cuadernos de Historia Moderna*, 2008, VII, p. 179-211.
- CARLAN, José María. *Navíos en secuestro*. La escuadra española del Océano en Brest (1799-1802). Madrid: Instituto Histórico de Marina, 1951.
- CORONA BARATECH, Carlos. *Notas para el reinado de Carlos IV*. La fracasada mediación de España para la paz de Portugal con Francia, 1798-1799. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 1946.
- ELIAS, Norbert. *La sociedad cortesana*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- FUGIER, André. *Napoleón y España, 1799/1808*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008.
- GARCÍA de LEÓN y PIZARRO, José. *Memorias*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1998.
- GIMÉNEZ LÓPEZ, Enrique; PRADELLS, Jesús. José de Lugo y Molina: Cónsul y agente general de España (1754-1835). *Revista de la Facultad de Geografía e Historia*, n. 4, 1989, p. 273-312.
- GIMENO PUYOL, María Dolores. *José Nicolás de Azara. Epistolario (1784-1804)*. Madrid: Destino, 2010.
- LA PARRA, Emilio. *La alianza de Godoy con los revolucionarios franceses (España y Francia a fines del siglo XVIII)*. Madrid: CSIC, 1992.
- \_\_\_\_\_. Les changements politiques après Brumaire. *Annales historiques de la Révolution Française*, n. 318, oct-dic. 1999.
- MARTÍN-VALDEPEÑAS, Elisa. *Mis señoras las traidoras, las afrancesadas, una historia olvidada*. *HMC, Història Moderna i Contemporània*, n. VIII, 2010, p. 79-107.

OLAECHEA, Rafael. *Las relaciones hispano-romanas en la segunda mitad del siglo XVIII: la Agencia de Preces*. Zaragoza, 1965.

OZANAM, Didier. *Les diplomates espagnols du XVIIIe siècle*. Introduction et répertoire biographique (1700-1808). Madrid-Burdeos: Casa Velázquez y Maison des Pays Ibériques, 2002.

ROMERO PEÑA, Aleix. *Reformar y gobernar*. Una biografía política de Mariano Luis de Urquijo. Logroño: Sin índice, 2013.

\_\_\_\_\_. Caída y persecución del ministro Urquijo y de los *jansenistas* españoles. *Revista Historia Autónoma*, n. 2, 2013, p. 75-91.

\_\_\_\_\_. Antecedentes, trasfondo y consecuencias del tratado de Java (1800). *Cuadernos del Bicentenario*, n. 5, 2009, p. 123-140.

SÁNCHEZ ESPINOSA, Gabriel. *Memorias del ilustrado aragonés don José Nicolás de Azara*. Zaragoza: Instituto Fernando el Católico, 2000.

SECO SERRANO, Carlos. La política exterior de Carlos IV. *Historia de España*, tomo XXI, Madrid, Menéndez Pidal, 1988, p. 449-732.

URQUIJO, Mariano Luis de. *Apuntes para la memoria sobre mi vida política, persecuciones y trabajos padecidos en ella*. Edición a cargo de Aleix Romero Peña. Logroño: Sin Índice, 2010.

ZYLBERBERG, Michel. *Une si douce domination*. Les milieux d'affaires français et Espagne vers 1780-1808. París: Ministère de l'Économie et du Budget, 1993.

## Notas

- 
- <sup>1</sup> Confidencial de Urquijo a Noronha. 16-VIII-1798. AHN, Estado, leg. 4561.
- <sup>2</sup> Azara al Príncipe de la Paz. Barcelona, 26-XI-1799. (GIMENO PUYOL, 2010, p. 787-788).
- <sup>3</sup> Oficio nº 80 de Azara a Saavedra. París, 26-IX-1798. AHN, Estado, leg. 4022.
- <sup>4</sup> Oficio nº 137 de Azara a Saavedra. París, 4-II-1799. AHN, Estado, leg. 3999.
- <sup>5</sup> Urquijo a Azara. Aranjuez, 20-II-1799. AHN, Estado, leg. 3999.
- <sup>6</sup> Guillemardet a Carlos IV. Aranjuez, 3 Ventoso. Año VII (21-II-1799). AHN, Estado, leg. 3943.2.
- <sup>7</sup> Real Decreto de 21-II-1799. AHN, Estado, leg. 3440, expediente nº 18.
- <sup>8</sup> “La opinión pública, que raramente se equivoca, proclamaba a Mr. el caballero Azara como aquel que por su ética y talentos podía estar en estado de reemplazar a ese Ministro, y el Directorio me encarga de testimoniar cuánto le satisfaría si S.M.C. otorgase su confianza a un hombre que representara enteramente su consideración y estima”. Guillemardet a Carlos IV. 4 de ventoso, año VII (22-II-1799). AHN, Estado, leg. 3943.
- <sup>9</sup> Carlos IV al Directorio. Aranjuez, 22-II-1799. AHN, Estado, leg. 3943.
- <sup>10</sup> Oficio nº 130 de Azara a Urquijo. París, 4-III-1799. AHN, Estado, leg. 4023.2. “Yo me entenderé con V. E. en los asuntos graves”. Urquijo a Azara. Aranjuez, 12-III-1799. AHN, Estado, leg. 3999.
- <sup>11</sup> Confidencial de Urquijo a Azara. Aranjuez, 10-V-1799. AHN, Estado, leg. 3999.
- <sup>12</sup> Extraordinario de Urquijo a Azara. Aranjuez, 28-III-1799. AHN, Estado, leg. 3999.
- <sup>13</sup> Oficios nº 202 y 203 de Azara a Urquijo. París, 27-V-1799 y 1-VI-1799. AHN, Estado, leg. 3999.
- <sup>14</sup> Oficio nº 207 de Azara a Urquijo, París, 6-VI-1799. . AHN, Estado, leg. 3999.
- <sup>15</sup> Carta nº 217 de Azara a Urquijo. París, 22-VI-1799. AHN, Estado, leg. 3999.
- <sup>16</sup> Azara al presidente del Directorio Ejecutivo. París, 14-VII-1799. AHN, Estado leg. 3999. Azara a Godoy. Barcelona, 26-XI-1799. (GIMENO PUYOL, 2010, p. 791).
- <sup>17</sup> Confidencial de Azara a Urquijo. París, 11-VIII-1799. AHN, Estado, leg. 3999.
- <sup>18</sup> Real Orden de 12-VIII-1799. AHN, Estado, leg. 3422.2. Expediente nº 22.
- <sup>19</sup> Confidencial de Azara a Urquijo. París, 26-VIII-1799. AHN, Estado, leg. 3999.
- <sup>20</sup> Confidencial de Urquijo a Azara. San Ildefonso, 2-IX-1799. AHN, Estado, leg. 3999.
- <sup>21</sup> Confidencial de Azara a Urquijo. París, 14-IX-1799. AHN, Estado, leg. 4022. (SÁNCHEZ ESPINOSA, 2000, p. 430-431).
- <sup>22</sup> Existe también carta de Napoleón del 27 de vendimiario del año VIII (19-X-1799) estableciendo una cita (GIMENO PUYOL, 2010, p. 73).
- <sup>23</sup> En sus *Memorias* Azara eliminó algunos pasajes especialmente críticos con Godoy, como cuando dijo de él que “governaba despóticamente” y que “era él mismo un ejemplo de lo que la fortuna ha sabido producir de más extravagante”. (SÁNCHEZ ESPINOSA, 2000, p. 305, n. 123).

---

<sup>24</sup> Ana Rodríguez de Carasa destacó por sus preocupaciones políticas y por la simpatía con que acogió la revolución de 1798, porque deseaba que el resto de naciones asumieran un ejemplo que veía fundado sobre las bases de la igualdad y la libertad de derechos. (MARTÍN-VALDEPEÑAS, 2010, p. 90).

<sup>25</sup> Lugo a Godoy. París, 5-IV-1797. AHN, Estado, leg. 3429.1, expediente nº 15.

<sup>26</sup> Lugo a Mazarredo. París, 6-IX-1799. AHN, Estado, leg. 3429.1. Expediente nº 15. José de Lugo.

<sup>27</sup> Mazarredo a Urquijo. París, 15-X-1799. AHN, Estado, leg. 3429.1. Expediente nº 15. José de Lugo.

<sup>28</sup> Oficio nº 328 de Múzquiz a Urquijo. París, 8-XII-1799. AHN, Estado, leg. 3999. Múzquiz a Napoleón. París, 19-XII-1799. AHN, Estado, leg. 3429.1. Expediente nº 15. José de Lugo.

<sup>29</sup> Memorial de Lugo. Bagnères de Bigorre, 27-I-1801. AHN, Estado, leg. 3429.1. Expediente nº 15. José de Lugo, f. 2 vº.

<sup>30</sup> Gómez Labrador a Urquijo. 18-XI-1799. AHN, Estado, leg. 3999. Aquél respondería: “amigo Perico, pienso como Vm. en punto a ese país y me ha gustado mucho su carta del 18”. Urquijo a Gómez Labrador. 28-XI-1799. AHN, Estado, leg. 3999 (LA PARRA, 1999).

<sup>31</sup> Confidencial de Urquijo a Azara. 2-VII-1799. AHN, Estado, leg. 3999.

<sup>32</sup> Mazarredo a Urquijo. París, 29-XII-1799. AHN, Estado, leg. 4047.2.

<sup>33</sup> Mazarredo a Urquijo. París, 29-XII-1799. AHN, Estado, leg. 4047.2.

Artigo recebido em:31/08/2014. Aprovado em: 15/10/2014.